

listo

ESTIGMA E IDENTIDAD
UNA APROXIMACION A LA CUESTION JUVENIL*
¡Error! Marcador no definido.

HUÁSCAR J. CAJÍAS**

TENGO LA SENSACIÓN que para quienes como yo, se hallaban sentados en la vereda mirando el mundo pasar, los vertiginosos cambios de fin de siglo no sólo quebraron el prisma con que veía la realidad, sino que dejaron también trizado el espejo que permitía recordar el propio rostro.

Desde entonces nuestro universo parece transitar de profundas oscuridades a iluminaciones radiantes y viceversa. Ambas ciegan por igual.

De este andar a tientas, de este proceso de reconocimiento del entorno, intento rescatar algunas reflexiones y creencias sobre la cuestión de los estigmas que pesan sobre la juventud y sobre la identidad, pues a mi juicio, es a partir de ésta que se logra abordar más adecuadamente el tema y puede hacer más certeras las acciones que se emprendan para desestigmatizarla.

LAS RAYAS DE LA CANCHA

Ante mi imposibilidad de referirme a obviedades o lugares

* Artículo publicado originalmente en la *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1, Madrid, 1996; editada por la Organización Iberoamericana de Juventud.

** Cientista social boliviano.

comunes, preciso marcar algunas coordenadas referidas a mi perspectiva de análisis.

Clave 1. El eje de análisis es la cuestión de la identidad. En primera instancia, la asumo como un proceso de acumulación basado en relaciones de identificación y de diferenciación nacidas tanto al interior de la juventud como en relación y ante la sociedad y el Estado.

La identidad no presupone igualdad y menos acciones de homogeneización. En las sociedades en que conviven desde formas de vida postmodernas hasta preindustriales, donde el mismo territorio es compartido por diversas etnias y formaciones culturales, donde las mismas condiciones naturales han conllevado claras diferencias de percepción de la vida, y hasta por las especificidades de los propios tramos de edad que en conjunto se los asume como juventud, se hace imprescindible aproximarse al tema en base al respeto a la diferencia en la base de la constitución de una identidad común.

La identidad se construye sobre al menos cuatro pilares: la creatividad, la recuperación de la memoria colectiva, la organización y la formación. Por ello, indicadores como el desarrollo de las expresiones artísticas propias, del trabajo colectivo y voluntario, de la autoestima, de la autodeterminación, del ejercicio real de la democracia y del pensamiento crítico son fundamentales para entender su proceso de constitución.

La identidad, por último, es un proceso participativo al interior de las acciones del grupo como también una forma de interpelación al conjunto de la sociedad. Esta participación en lo público es un acto de poder.

Clave 2. En su libro *Antropología e historia en el siglo de las luces*, Michèle Duchet plantea que en aquel período de la historia, cuando se origina tanto el mundo industrial como la cultura llamada «occidental» ocurre la trascendental transformación de la percepción del hombre sobre sí mismo: de ser una criatura de Dios pasa a asumirse como su propio autor. El protagonista de este cambio es el burgués y es por tanto, su imagen mitificada el modelo a seguir y alcanzar.

Hay, desde esta perspectiva, tres grupos subordinados que pertenecen a la misma especie humana pero que no son aquel Hombre: la mujer, el proletario y el buen salvaje. Considero que el cuarto grupo subordinado a esta suerte de paradigma, es el joven. Así,

todas las luchas sociales de los últimos dos siglos expresan la confrontación entre uno o varios de estos grupos subordinados con aquél en el que se materializa el poder.

Clave 3. Mayo del 68 es la fecha símbolo de uno de los más importantes procesos sociales del siglo; confluyeron en él la lucha por Vietnam y el ejemplo del Ché; reivindicaciones estudiantiles y proletarias; la libertad sexual y creativa. Pero si bien de esa gran fuerza contestaria no emergió el mundo que se esperaba, es indudable que la relación entre el orden establecido y quienes lo cuestionaron — en cuanto actores sociales— cambió sustantivamente.

Puede decirse que entonces fue la última vez que se presentaron en toda su magnitud, los cuatro «sujetos subordinados» sin clara distinción de objetivos específicos; pueblos colonizados, proletarios, mujeres y jóvenes se enfrentaron a un enemigo común con un objeto común: derrotarlo y construir una nueva sociedad.

Pasada la tormenta, el cuarto de siglo que nos separa de aquellos hechos supuso un reacomodo de las fuerzas y el cambio de estilo en el conflicto. Tengo la fuerte sospecha que es un período en que se mantiene la respuesta férrea ante las acciones de conflicto «globalizadoras» y se es permisivo con aquellos movimientos que buscan reivindicaciones parciales.

Así, junto a viejas denominaciones del poder —como burgués, colonialismo o imperialista— se suman u ocupan su lugar caracterizaciones que provienen de otras lecturas del conflicto social: «poder patriarcal» o «adulthood» por ejemplo. Así, reivindicaciones particulares se convierten en nuevas realidades conflictivas.

Tratando de intuir el rumbo uno puede preguntarse si los diversos movimientos juveniles aun se guían por voluntades globalizadoras o más bien, a la manera del movimiento feminista, buscan transitar un período de fortalecimiento de su especificidad.

Clave 4. Un mundo sin utopías y una América sin sueños es la cuarta clave de este juego. El horizonte de cambio que caracterizó el desarrollo mundial de esta última década, tuvo sus particularidades en América Latina.

Por lo general, puede caracterizarse el período por dos grandes componentes: la transición de regímenes autoritarios a modelos democráticos de gobierno, por una parte, y por otra, la reconducción de las economías nacionales a través de profundas crisis inflacionarias

y de producción. Si es incuestionable el protagonismo cotidiano de las juventudes latinoamericanas en el primero de los procesos mencionados, el desenvolvimiento del segundo y sus resultados desnuda su debilidad individual y colectiva, y sus limitaciones en cuanto propuesta de cambio.

El en marco de un discurso global de fin de las ideologías y del pragmatismo político, la oferta de participación democrática aparece pobre y formal, pues va acompañada del «reajuste» de la economía donde al joven (principalmente de los sectores populares) le resulta cada vez más difícil insertarse y cuya seguridad educativa y de salud se ve sustantivamente reducida.

En el marco de un discurso global de fin de las ideologías y del pragmatismo político, la oferta de participación democrática aparece pobre y formal, pues va acompañada del «reajuste» de la economía donde al joven (principalmente de los sectores populares) le resulta cada vez más difícil insertarse y cuya seguridad educativa y de salud se ve sustantivamente reducida.

Clave 5. Si asumimos —aunque reconozco en ello un fuerte sesgo— que la juventud es aquel período de la vida en el cual el sujeto se enfrenta de manera primigenia con la libertad y madura en su ejercicio, es a mi juicio, válido plantear como problema a reflexionar paralelamente, el impacto y las características de su participación en la sociedad. Dicho de otro modo: para responder qué es ser joven es imprescindible buscar entender cómo interactúa con el resto de la sociedad.

Aceptando la diversidad de «maneras de ser joven» que existe, todo discurso que entienda a la juventud como un todo homogéneo de hecho, estaría falseando la realidad dada; aun más, podría estar proponiendo el uniformar toda la población joven a un modelo preestablecido, como una suerte de política oculta.

A la inversa, el exceso de particularismo de las cuestiones juveniles contiene un falseamiento referido a ocultar que existen motivaciones comunes no solo del conjunto de la juventud sino con otros conglomerados sociales o de la sociedad entera.

Por otra parte, se hace preciso analizar la dimensión de la participación que se le propone. El primer problema se presentaría si fuera una invitación que «viene del exterior» de la juventud. En un sentido extremo, podría suponerse como la repetición sin imaginación de reglas dadas o la participación fragmentada de la juventud en

alguna cuestión puntual. Las convocatorias hegemónicas al voto o el asignar a la juventud un rol sólo en el «futuro de la patria» responderían a esta percepción de la participación juvenil.

La participación, entonces, habría que entenderla como un proceso continuo y pleno, y la participación juvenil como la incorporación de la juventud a la responsabilidad de la dirección elegida por la sociedad.

Si adoptamos la perspectiva que participar es un continuo que enlaza la concepción de un acto y el poder rectificar sus consecuencias, es imposible pensar que la participación no se halle íntimamente ligada a ejercer su capacidad creadora y transformadora.

SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE ESTIGMAS Y LOS ACTOS SUBSECUENTES

Un artículo titulado «Utopía» publicado en el periódico español *El País* y firmado por Manuel Vicent, comienza afirmando: «Drogas, caridad, sopa y policía: ésta será para siempre la dieta de los pobres cuando la utopía termine». Sustituyéndose los pobres por los jóvenes, se podrá obtener una dramática parábola sobre los estigmas que marcan a la juventud de hoy y los comportamientos sociales que aquéllos provocan.

«Servida por el poder la droga aplacará cualquier rebeldía...». Aquí puede decirse que comienza el itinerario de la enajenación, la resignación y la pasividad respecto a la realidad. La droga, ya no sólo entendida como estupefaciente, sino también en la referido a otros consumos: la televisión, la moda, sectas religiosas fanáticas, etc., provoca el enclaustramiento y la imposibilidad de operar trascendentalmente sobre la realidad.

La caridad y la sopa son eslabones de la misma cadena de empobrecimiento de sus prácticas sociales. El estirar la mano vacía de dignidad sustituye su capacidad creadora y una comida mínima estandarizada a la búsqueda de mejoras e, incluso, a la generación de aquella energía vital que produce el hambre.

La policía, pequeña violencia cotidiana y de reducción de marginales, opera ahí donde el «caritativo amor» no llega, donde los últimos desesperados de la tierra, devueltos a las soluciones individualistas, buscarán hacer «la revolución social a navaja uno a uno en cada esquina».

Cada una de estas «líneas» que componen una invisible

política global trae además otras consecuencias de fragmentación. Para paliar la presión que puede suponer la población juvenil incapaz de incorporarse siquiera a míseros trabajos, se conforman una suerte de bolsones o ghettos sociales: las «variadas formas de la drogadicción» generan los suyos, en los que incluso, el «pandillero juvenil» se incorporaría, a su manera, a este proceso de encapsulamiento.

Pero, me atrevo a afirmar, que a estos cuatro jinetes del apocalipsis habría que sumar un quinto: el de la expectativa. Mil hambrientos esperan por diez porciones de sopa y al día siguiente volverán a esperar a ver si esta vez les toca. Una suerte de lotería comienza a conquistar al mundo de las expectativas de cada joven. Fabulosa historia de gentes que por una casualidad, un encuentro milagroso triunfaron, hacen que cada vez más se piense ser como «Él» y no como uno mismo.

La casualidad sustituye a la causalidad y la pasiva espera a la acción. Así, se propone conformar nuevas generaciones profundamente segmentadas a su interior, jóvenes resignados, sin voluntad ni imaginación, gente apenas capaz de mantener en funcionamiento el antiguo mecanismo social.

OTRA APROXIMACIÓN A LOS ESTIGMAS Y A LA ESTIGMATIZACIÓN

Es indudable, que el tránsito de una visión idílica de la juventud que inspira versos donde se la proclama «divino tesoro» o se la señale como el punto mítico para el eterno retorno, a una visión de una «generación-problema» ha sido un proceso ocurrido casi en la misma medida en las sociedades más desarrolladas como en las menos.

Lo que probablemente también suceda es que a la hora de intentar explicar esta caída de paraíso a infierno, a la hora de descubrir las causas o de distribuir las responsabilidades, no habrá coincidencia.

Tengo la impresión que sólo con investigaciones más profundas y que permitan comparaciones más certeras entre juventudes de diversos tiempos y diversas sociedades podremos respondernos a cuestiones más profundas sobre el origen de los estigmas y su significación, ¿Es posible asignarle roles «naturales» a la juventud en una sociedad determinada ante cuyo cumplimiento se pueda juzgar el valor o disvalor de una generación? ¿Existe una contradicción «natural» entre lo establecido y una nueva generación

emergente? ¿La transferencia de responsabilidades sociales de viejas o nuevas generaciones fue siempre y en todas las sociedades un conflicto? ¿Es —como describe el dicho popular— un ejercicio necesario e irremediable ser incendiario primero para luego ser un mejor bombero? Y otras muchas cuya respuesta nos permitiría discernir ante el prejuicio, la sabiduría acumulada, y así reconoce la situación real de una generación joven en un tiempo y un lugar determinado.

Oscar Wilde se refería con ironía a la fuerza juvenil y a su tosquedad a la hora de aportar. Es probable que esta impericia en el manejo de viejos códigos como de su propia libertad individual y colectiva sea, aunque parezca paradójico, su gran aporte para el progreso —incluyendo su transformación radical— de esos códigos y del propio ejercicio de la libertad. A riesgo de pecar de apresurado, voy a plantear esta función ante el devenir de la sociedad como un segundo eje del análisis sobre los estigmas que pesan sobre la juventud actual y su valor específico.

Distingo entonces los siguientes tipos de estigmas.

a) *Aquéllos originados en el mundo conservador*; vale decir, aquel discurso que busca al menos controlar la fuerza subvertora del orden establecido de la cual es —o puede ser— portadora una nueva generación emergente. Aquí se juzga al joven como irrespetuoso y se lo subestima desde la perspectiva de la experiencia.

b) *Aquéllos con un destino focalizado*; cuyas «víctimas propiciatorias» son preferentemente sectores de la juventud pobre (aunque mucho de este comportamiento no les caracterice). Son juzgados como portadores de la violencia callejera, de la ignorancia, de la vagancia; permiten, incluso, en casos de crecimiento extremo del estigma, ser el botón de muestra para juzgar a toda una generación. Hay otro tipo de focalización —sobre todo en sociedades con diversidad cultural y en las que las formas tradicionales de vida son arrinconadas por la modernidad— y es el juicio que pesa sobre la nueva generación de abandonar los valores y prácticas del ancestro.

c) *Aquéllos provocados u originados por un comportamiento juvenil contrario al «proceso humano»*; es decir; que más allá de los ajustes y fricciones intergeneracionales, la memoria larga permite identificar roles y comportamientos que toda generación joven debe cumplir para con el conjunto de la sociedad y su desenvolvimiento histórico; por tanto aquí se juzgaría a la juventud por su

incumplimiento con la humanidad, por decirlo de alguna manera.

d) *Aquéllos provocados por políticas de Estado*; aquí el origen del suceso no es el propio joven, éste «apenas» se limita a reaccionar ante determinadas presiones provenientes del desarrollo social. El poder determina, provoca o al menos sienta las bases de los comportamientos «buenos» y «malos» del joven para luego estigmatizar aquéllos cuyo juzgamiento como negativo también él promueve. Es válido ejemplificar esta suerte de «rueda hipócrita»: las bases económicas y de valores sobre las que se asienta la drogadicción son las mismas sobre las que se asienta la sociedad actual, pero ésta se limita a juzgar los efectos sin tomar responsabilidad sobre las causas.

e) *Aquéllos apoyados en su condición de ser el «otro»*; la pregunta, en este caso es si la sociedad es capaz de reconocer sus propias responsabilidades o si, más bien, la juventud funge de chivo expiatorio para explicar fracasos o pérdidas de perspectiva histórica. Muchas veces, por ejemplo, se le atribuye a la juventud una extendida apatía política; cierta o no, lo que pocas veces se incorpora es el análisis de la «pedagogía» política que reciben del mundo adulto. Para ir un poco más lejos: si asumimos que la juventud es una suerte de «reproducción ampliada» del proceso social, el incumplimiento de este rol puede deberse a condiciones propias de los jóvenes como a la incapacidad de las generaciones precedentes de sentar las bases de un desarrollo determinado. En este caso, se estigmatiza a la juventud con todas las formas y vertientes de la inviabilidad histórica que pueda estar pesando sobre una sociedad.

Cualquiera de los tipos de estigmas arriba esbozados puede sostenerse tanto sobre simples prejuicios como sobre rigurosas tomas de partido, por tanto, pueden ser expresión de simple ignorancia como de la confrontación entre diferentes modos de vida. Para vencer esta relatividad —o al menos matizarla—, habría que buscar un punto de referencia, un punto de mira desde donde construir la visión en perspectiva y aprehender la composición de los estigmas.

En la identificación de estos «códigos discursivos» apunto al menos dos dificultades: una primera asentada en que el ángel y el demonio visten las mismas ropas, es decir, que una exaltación de la relatividad de los juicios y de la capacidad de juzgamiento, ha hecho que la distancia entre el «bien» y el «mal» se estreche; y una segunda —perfectamente articulada— se refiere a una suerte de sustitución del

maniqueísmo que —por ejemplo— se expresaba tan bien en la guerra fría, por al menos una trivalencia —si no un mosaico— en la que dos polos se diferencian sutil —pero muchas veces radicalmente— y el tercero aunque invisibilizado, también plenamente real.

Para ilustrar mejor esta perspectiva, propongo analizar a modo de ejemplo el triángulo compuesto por trabajo/no trabajo/creación. La sociedad moderna occidental considera al trabajo como un valor positivo y condena tanto económica como moralmente al acto de no trabajar. Pero este par a su vez se enfrenta al acto creador, es decir al acto de inventar el futuro, de hacer lo imposible posible.

Mi sensación es que el trabajo es la creatividad lo que la gravedad a la relatividad, es decir que el primero contiene, expresa y materializa la fuerza individual o colectiva de la segunda pero no es su forma más general. Así, la difusión del trabajo como el valor positivo no sólo busca «denigrar» el no trabajo sino también disminuir el valor —o de hecho coartar— de la labor creativa.

En esta perspectiva puede plantearse (en la línea de lo pedagógico) que no es lo mismo promover la fantasía que la imaginación ante una actitud pasiva frente a la vida. Así, se admite explícita o implícitamente el fantasear (incluyo en esto hasta la alucinación del drogadicto) como mero escape de la realidad, pero se reprime el imaginar en la medida que es un acto de anticipación del futuro y, por tanto, de una posible construcción diferente del mañana.

La ignorancia puede enfrentarse tanto con la instrucción como con la formación, pero mientras la primera supondría el brindar pericias para enfrentar determinados requerimientos, la segunda considera el conocimiento necesario y dinámico para que el individuo pueda enfrentar por su cuenta realidades inéditas.

Algo muy semejante ocurre cuando al desempleo se lo busca combatir con el empleo y no con el oficio (y uso aquí el término en la tradición de Leonardo de Vinci cuando describe la construcción del pintor). Mientras el empleo resuelve un lugar en el mercado laboral, el oficio resulta en un lugar en la vida. El primero daría conocimientos superficiales, el segundo a través de esos conocimientos, permitiría descubrir leyes más generales que le ligan con el resto del mundo.

Esto nos lleva a la necesidad de diferenciar también entre contar con más conocimientos (léase información) o ser más sabios. En la actualidad, gracias a los nuevos medios de comunicación y a la tecnología comunicacional accedemos a más información y de manera más rápida, pero ello para nada garantiza comprender mejor lo que

está sucediendo y menos poder construir conclusiones o propuestas propias.

La promoción de las prácticas colectivas para superar el aislamiento del joven plantea como una disyuntiva irreductible la institucionalidad o la organicidad del grupo. Otra vez se apuesta por la formalidad a nombre de superar la ausencia de pertenencia del joven pero desvalorizando su pertenencia —en acto o potencial— a agrupaciones más informales. La pertenencia a una sociedad está determinada también por la vitalidad de la memoria. El vértigo de la actualidad dispone que el tiempo para recordar disminuya, pero ante esta creciente amnesia no sólo se interpone la memoria sino también la mitificación del pasado.

La cristalización de la aldea global ha hecho que japoneses, bolivianos y estadounidenses sigan las mismas corrientes de la moda —para utilizar un ejemplo visible— por lo que la presión de la uniformización sea cada vez más concreta y tangible; quedarse fuera de esta corriente puede suponer su marginalización o el reconocimiento de las diferencias.

Pero el propio proceso de reconocimiento de las diferencias supone nuevos problemas, pues mientras la postmodernidad tiende a «folklorizarla» (en una suerte de pasteurización de la diferencia), desarrolla a la par la deslegitimación a que el respeto a las diferencias pueda ser la base de una nueva construcción de identidades colectivas.

Si bien lo planteado expone las bases de la construcción de estigmas que pesan sobre la juventud actual, creo necesario incorporar en la reflexión algunas líneas gruesas del comportamiento juvenil —de obra, pensamiento y omisión— que promueven o consolidan la existencia de dichos estigmas.

Tal vez por la perplejidad que puede provocar tanto cambio, tal vez porque muchos de esos cambios no fueron sino el derrumbamiento de sueños, tal vez por la imagen de fracaso que puede haber transmitido la «década perdida de América Latina» —entre imágenes de derrota que los jóvenes de hoy en el ayer inmediato percibieron—, tal vez como una reacción individual de resistencia a un mundo que parece atropellarlos, tal vez por la suma de estas causas, los jóvenes contemporáneos transmiten una imagen de escepticismo, de abstencionismo sistemático, de falta de compromiso con la vida.

¿Podría decirse que es una generación guiada por el miedo?
¿O por la comodidad y el apoltronamiento? Una comparación con los

jóvenes —occidentales— de los sesenta respecto a la construcción de sus «ídolos» es también reveladora al respecto. Desde «Los Beatles» hasta los líderes de los movimientos políticos, sociales o armados de aquella década tenían la misma —o muy poco más— edad que sus seguidores. Los sobrevivientes de aquella generación siguen ahora construyendo los códigos musicales de los jóvenes de hoy, o se autodenominan en política la alternativa «joven» habiendo pasado el medio siglo de vida. Me pregunto: si los jóvenes de hoy no encuentran entre ellos mismos verdaderos ejemplos de vida ¿por qué pretender que la sociedad los reconozca?

Existe otra vertiente de reflexión respecto a los comportamientos juveniles que provocan su estigmatización y que reducen su capacidad de reconocimiento: es lo que yo he dado a llamar la ética de la víctima.

La conmocionada etapa que atravesó América Latina pletórica de reivindicaciones de clase, de etnia, de género e incluso, de generación derivó —entre otras vertientes— en un discurso y una práctica denunciativas. Uno de los tratamientos que se hizo de estas denuncias fue la identificación de la víctima y de sus derechos conculcados, pero de aquí en más —no quiero entrar en detalle sobre los mecanismos— emergieron una serie de prácticas sustentadas en una suerte de «derecho de cobro» que legitimaba —al menos coyunturalmente— una serie de prácticas aberrantes, sobre todo si las quiere referir a una intención manifiesta de lograr el reconocimiento de un lugar digno y justo en la sociedad.

He mencionado dos vertientes fundamentales (y lamento no haber hallado términos menos susceptibles de lecturas subjetivas): la mendicidad y la criminalidad. El primero caracterizado por extender la mano para que otro otorgue el derecho que uno es incapaz de construir y defender; el segundo por una suerte de bandolerismo juvenil —la equidad social asumida por mano propia— supuestamente justificada por las condiciones de sometimiento y marginalidad a las que la sociedad les somete, pero absolutamente desconectada de un sentido globalizador que permita superar no sólo el problema individual sino del grupo social al cual se pertenece.

Para resumir: la situación de la juventud en el mundo actual es tanto producto de lógicas y políticas globales como del comportamiento de los propios jóvenes; pero sólo un cambio del comportamiento juvenil respecto a su lugar en el devenir histórico —sin que ello sea óbice de la existencia de una voluntad gubernamental

que contextualice positivamente este cambio— permitirá que las nuevas generaciones recuperen su centralidad, su protagonismo.

¿Y AHORA QUÉ? LA TOMA DE LA INICIATIVA E IDENTIDAD GENERACIONAL

No quisiera terminar esta reflexión sin proponer algunos cambios y algunos criterios para la acción.

Lo más global que puedo señalar es que si bien las omisiones pueden caracterizar a una generación, son las acciones las que le permiten construir su identidad. Estas acciones no como meras respuestas a una situación dada o a un comportamiento esperado, sino el atreverse a asumir la iniciativa en la transformación de su situación grupal y de la sociedad entera.

Esto quiere decir, desde la perspectiva de los actores, que el éxito de políticas gubernamentales o de voluntades sociales para mejorar la situación de la juventud ante todo depende de que sean generacionalmente «sostenidas» y «sostenibles» (en analogía a la codificación actual sobre los programas de desarrollo). O en otras palabras: el protagonista de las políticas juveniles es el joven y el resto de la sociedad y el gobierno no son más que «facilitadores», en la medida que esa voluntad exista también.

UN CAMINO PARA ACUMULAR IDENTIDAD

La identidad es también un proceso permanente y complejo, y, en cierto sentido, es capaz de unir lo más abstracto con lo más concreto, lo más general con lo cotidiano, estribando en ello su fuerza.

Permanentemente, se crean y recrean elementos que identifican a un sujeto social, pero ello no es garantía para el desarrollo y consolidación de una identidad propia. Ésta se logra en un proceso histórico concreto de apropiaciones y expropiaciones, en que se pierden y ganan espacios; es en definitiva, una práctica social con sentido de acumulación.

Como se apuntaba líneas atrás, estas prácticas de acumulación serían.

1º) La creación entendida como el poder de anticipar el futuro, de inventarlo, y por tanto, de hacerse protagonista y responsable de lo que pueda ocurrir o dejar de ocurrir mañana. Es la capacidad tanto de

encontrar los espacios de libertad donde pareciera no haberlos, como de construirlos.

2°) La vivificación de la memoria colectiva, no es otra cosa que redescubrir el pasado, encontrar en él lo verdadero y lo bueno sin mitificarlo, ni olvidar lo negativo; es valorizarlo y dignificarlo, y sobre todo, es incorporarlo a la vida cotidiana.

3°) El proceso de formación y capacitación es lo que permite una sistemática transmisión y entrega de concepciones y conocimientos a nuevas generaciones; es una manera de conservar vivo el pasado como es también un modo de ampliar las fuerzas creadoras. Y,

4°) La organización es la forma fundamental de acumular, y multiplicar la experiencia. Sobre la base del respeto de la individualidad y el colectivo, se hace necesario unir los esfuerzos dispersos y darles la fuerza de una voluntad compartida.

UNA EVALUACIÓN FINAL

Además de las líneas de acción arriba planteadas quiero dejar sentado que, a mi juicio, tanto para los jóvenes como para los organismos nacionales y regionales relacionados con la juventud se presentan en la actualidad al menos cinco grandes desafíos.

1°) La necesidad de desarrollar la identidad generacional respetando y valorando la diversidad de maneras de ser joven que existe.

2°) Desarrollar mecanismos de integración juvenil que permitan el reconocimiento recíproco de lo común y de lo diferente entre jóvenes y organizaciones juveniles de la región.

3°) Trabajar por el reconocimiento de la especificidad de la problemática juvenil, sin que ello suponga el desconocimiento de otro tipo de pertenencias —nacionales, étnicas o de clase— del propio joven.

4°) Construir con creatividad una suerte de sistemas de alianzas con otros sectores de la sociedad que valoren la especificidad juvenil, pero que encuentren caminos de confluencia a través de necesidades comunes.

5°) Desarrollar una nueva institucionalidad acorde con un concepto de participación juvenil pleno, que legitime el protagonismo juvenil.

Una última certeza a través de una anécdota: se refiere que a Sai Baba —un hombre santo indú— se le acercó un joven estadounidense a preguntarle, tras observarle admirado cómo de una tinaja que cabía en su brazo pudo extraer flores y repartirlas a toda una multitud, si él era Dios. «Sí», —le respondió— «y tú también. La diferencia está en que yo lo sé».

Quiero decir con ello que resulta relativamente más fácil hablar del poder como algo ajeno e inaccesible (y que de hecho, no es cuestión de negar la existencia de un poder social así definible) y contentarse con lastimeros reclamos, y ante eso, una tarea fundamental de los jóvenes de hoy es asumir que en su obra y en su omisión también se asienta el poder que hizo el presente y puede tallar el futuro.